

FRANCIA Y LA GUERRA

Jornadas espartanas.

La patria es insaciable. En sus horas de angustia nos exige todo: la sangre joven, el dinero, que no envejece; el trabajo y el tiempo. De renuncia a la renuncia, no nos llega hasta la desnudez. Pese a ello el individuo y sálvese la colectividad; inmolamos el presente al porvenir. Esto no es privativo de un país; es de todos. Mientras los hombres aprisionen sus ideales entre fronteras; mientras un grupo étnico, una raza, una corriente civilizadora o un idioma se esfuerzan por dominar en el mundo, como le ocurre a Alemania, o por subsistir con honor, como le sucede a Francia, la soberanía del individuo será tan nominal y deleznable como suele ser la lealtad entre los amigos. ¿Cómo se somete el hombre a esta dejación de sus derechos vitales, los más arraigados en su naturaleza, puesto que parten del instinto? ¿Cómo se resigna al abandono de su hogar, a la cesión de su dinero, a padecer mil privaciones y a morir por una palabra, por un concepto abstracto que se volatiliza en cuanto lo analizamos en frío? Es incomprendible; pero es una realidad.

¿Dónde están, dónde se esconden el internacionalismo y el humanitarismo, que se hacían la orgullosa ilusión de fundir a todos los seres de la Tierra en un solo amor? Esas doctrinas tan dulces, tan piadosas, tan consoladoras, que han estipulado más de un armisticio entre la moral cristiana y la moral laica en el transcurso de la Historia, son impotentes hoy, no ya para desarmar a los pueblos, sino para disminuir su furia homicida y destructora. ¿No estamos viendo cómo poco a poco todas las energías espirituales y materiales son arrastradas por el torbellino de la guerra? Primeramente se les pide a los hombres la sangre; luego, el dinero, y por último, el escaso bien que pudiera quedarles a sus familias. De hoy más, el combatiente sabe que sus sufrimientos tienen una repercusión moral y una continuidad material en su hogar.

El lote de infortunio se extiende a toda la familia. El pan está tasado; la luz, medida; y el placer, sometido a los eventuales regateos de una fuerza impersonal e invisible que ha asumido la responsabilidad de salvar a la patria. Se anuncian para Francia, como para todos los países, incluso los neutrales, días muy duros. El postulado moral impuesto a todos por la vía coercitiva es éste: el sacrificio del presente al porvenir. Nadie puede quedar exento de la pesadumbre a que nos ha condenado el Destino. París, que iba recobrando su encantadora fisonomía normal, vuelve a ensombrecerse. Todo está limitado y condicionado, desde la libertad de pensamiento hasta la alegría, pasando por el pan. Un cuadrante misterioso, que ni siquiera habían previsto los geógrafos, nos ha deparado un aire que viene henchido de pensamientos austeros, y ese aire es el que respiramos todos. ¿Quién protesta? ¿Quién se queja? Nadie. Una sola pasión domina las almas, acalla los egoísmos y seduce a las voluntades: la pasión de vencer.

Francia, este pueblo inteligente y voluptuoso, que ha enseñado a vivir al mundo, que ha descubierto matices nue-

vos en el paladar y en el olfato y vibraciones inéditas en la medula espinal del hombre; la Francia de los ideólogos y de los demagogos, de los esépticos y de los revolucionarios, acepta todos los sacrificios y pasa por todas las pruebas sin hacer un gesto de rebeldía. ¿Dónde están, dónde se esconden los socialistas, los sindicalistas, los anarquistas, los doctrinarios del pacifismo y de la confraternidad internacional? Están repartidos entre las trincheras y las fábricas de municiones, ocupados en dar la muerte y en la preparación de los instrumentos que la aseguran: obuses, balas, cañones, pólvoras, gases inflamables y líquidos corrosivos.

No es posible abrir un periódico que no esté por entero aplicado a enardecer el sentimiento de patria y a estimular el valor que mata y el heroísmo que muere. No es posible asomarse a una librería sin que nos soliciten los volúmenes que ha inspirado Marte.

Los filósofos no se preocupan ya del mejoramiento de la Humanidad, sino de fundamentar solemnemente la inferioridad étnica, moral y cultural del pueblo adversario. La ironía no se clava en la carne innominada de los hombres, sino en una bandera. El artista no pasea su mirada escrutadora por el mundo; la fija en una región del mapa. No hay lucidez en el conocimiento, ni equidad en el juicio, ni justicia en la aspiración. No hay más que el frenesí de matar y la voluntad de morir por un concepto abstracto, transmitido de generación en generación, legado de los muertos a los vivos, por una palabra que tiene, como un talismán, la virtud de remover y galvanizar todas las recónditas energías de nuestro espíritu: la palabra patria. ¿Absurdo? ¿Monstruoso? ¡Oh, no! Evitemos los análisis críticos y las definiciones filosóficas, porque los unos y las otras serían intempestivos. Esta locura de los pueblos es una demencia sagrada.

Los que pelean por sacar triunfante una ambición, como los que luchan por sacar ileso el honor, nos ofrecen un noble ejemplo de desinterés ante el cual hay que desconfiar con respeto. No se puede asistir a ese magnífico drama con prejuicios mentales, sea de la naturaleza que sean, mas que en silencio. Yo no creo que el patriotismo sea privativo de un pueblo; lo que sostengo es que la actitud, estoica de Francia me parece sublime. Los primeros desconcertados de esa actitud, en la que hay tanta resolución como modestia, son sus adversarios. ¿No lo ha dicho con su habitual independencia Max Harden? Lo extemporáneo, lo intolerable, es la ironía grosera de los neutrales, caiga del lado que caiga, y su orgullosa pretensión de infalibilidad en los fallos.

Bien está que se defienda la abstención militar de España, a la cual, dicho sea de pasada, nadie ha pedido que eche a este o el otro lado de los beligerantes el modesto peso de sus armas. En eso coincidimos todos; pero ¿no habría manera de moderar ciertas fogosidades de pluma que deprimen al beligerante odiado sin enaltecer al beligerante preferido? ¿No podrían salir ciertos escritores de ese caso pasional, que es, desgraciadamente, toda la vida del pensamiento político español? Porque el fanatismo podrá ser a veces un estado de noble perturbación del ánimo; pero no es un argumento...

Manuel BUENO.

París, 16 de noviembre de 1916.



PRISIONEROS ALEMANES AL LLEGAR AL CAMPAMENTO DE CONCENTRACIÓN

Fotografía Hingelmann.

Los españoles condenados a muerte.

Los dos españoles condenados a muerte en el Consejo de guerra celebrado en París el día 14, y por cuyo indulto se han interesado, además de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, los diputados periodistas y el Palacio Real y en el Congreso, se llaman Ricardo González Llanos, de treinta y nueve años, y su suegro, Emilio Delac, de cincuenta y dos. González Llanos dijo que era periodista, y

Emilio Delac fué abogado en Madrid, y en actualidad era empresario.

Del sumario instruido por el capitán Bouchardon se deducen las siguientes acusaciones:

Primera. Ricardo González Llanos ha tenido en 1915 y en 1916, en España y Alemania, relaciones con el enemigo para favorecer sus empresas; se ha introducido en el campo atrincherado de París para procurarse documentos y ha auxiliado a Emilio Delac en todos los hechos de que se le acusa.

Segunda. Contra Emilio Delac se dice que ha sostenido inteligencias con el enemigo en España, con el fin de favorecer sus empresas, y que en Francia, en 1916, unas veces en París y otras en Burdeos, procuró al enemigo, por mediación del agente X, documentos o informes útiles para perjudicar las operaciones del Ejército o comprometer la seguridad de las plazas, puertos y otros establecimientos militares.

Después de deliberar el Consejo de guerra volvió a constituirse, y su presidente procedió a la lectura de las nueve preguntas, a las que los individuos del Consejo contestaron afirmativamente.

EN MÉJICO

LAS TROPAS AMERICANAS

POR CABLE

NUEVA YORK 19.

La Comisión mejicoamericana se ha puesto de acuerdo respecto a la retirada de las tropas americanas del territorio mejicano.

Dice el «Heraldo», que el capitán del «Deutschland» está muy disgustado por no haber llegado otro submarino que debía acompañarle durante su viaje de regreso a Alemania en la travesía del Atlántico.

MUERTE DE UN HEROE



EL CADÁVER DEL GENERAL ANCELIN, QUE SUGUMBIÓ EN LA BATALLA DE DOUA MONT, AL SER CONDUCTO A UNA AMBULANCIA DEL FRENTE

Las figuras del retablo.

El filósofo Boutroux.

Boutroux, el maestro de varias generaciones de pensadores y de filósofos franceses, ha pronunciado admirables palabras de homenaje para el autor del «Quijote».

«Este poema—ha dicho el conductor intelectual de Bergson—empieza por una idea relativa a un país y a un tiempo determinados. Pero poco a poco se convierte en un drama universal y humano, cuyas personas son el alma y el cuerpo como los nombres de Don Quijote y Sancho».

Y venimos a cada uno de éstos formarse, elevarse, crecer, penetrar en la naturaleza del otro, de suerte que pronto el idealismo, la generosidad y el impulso caballeresco dejan de aparecer como difícil utopía y son la forma excelsa de la vida humana, porque el ideal no desprecia lo real, sino que se une a lo real armoniosamente.

En la admiración de esta obra maestra, a la vez intelectual y humana, nos asociamos a nuestros vecinos y amigos de más allá del Pirineo, y enviamos el homenaje de nuestra simpatía, así como nuestros votos por su prosperidad, a la noble nación, que conserva piadosamente sus grandes tradiciones de honor y de generosidad.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la trascendencia para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué D. Leopoldo Alas.

«Clarín» subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros ocupamos un lugar próximo a la primera puerta. Estábamos al lado de un viejo, que sacó una cartera, unas cartillas y un lápiz y se dispuso a tomar apuntes como un escolar. «Clarín» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejo hizo un gesto de sorpresa y asno de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vio divagado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las locuciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como piadosos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

Macete Pedro.

ELOGIOS A DON ALFONSO XIII

PARIS 19.

El eminente historiador Ernesto Daudet consagra en «Le Gaulois» un artículo a don Alfonso XIII, el cual dice que es sin duda un excelente y gran Rey, termina diciendo:

«Después de habernos dado tantas pruebas de que sus sentimientos por Francia no cambiarán, nos da también la más brillante muestra de la humanitaria obra creada por él en favor de nuestros prisioneros».

Lo que es esta obra de afecto y abnegación por las familias, en las cuales hace nacer esperanzas entre sus desgracias con sus consuelos lo sabemos.

Continúa el Rey en su admirable papel de gran bienhechor, captándose cada vez más nuestro reconocimiento, no sólo por el ardor generoso con que trabaja para enjugar las lágrimas de los que lloran, sino también porque le debemos el ejemplo que da a su pueblo enseñándole el afecto que nos consagra».

DESDE MURCIA

POR TELEGRAMA

Agitación obrera.—Huelgas, mítines y manifestaciones.—Un incendio.

MURCIA 20 (12,7 m.)

En el pueblo de La Nora se ha celebrado un mitin de hilanderos, al que concurrieron numerosos elementos de la fabricación de sedas.

Entre otros oradores, hablaron los representantes de la Federación agraria y del Sindicato agrícola.

Se acordó pedir la disminución de horas de trabajo y la supresión de las multas, y dar conocimiento de estas conclusiones al gobernador y a los patronos.

La asamblea terminó en medio del mayor orden.

Se ha solucionado la huelga de alpagateros de Caravaca.

En Totana se celebró una manifestación organizada por el Centro obrero «El Porvenir», que se dirigió al Ayuntamiento, entregando al alcalde unas conclusiones en que se solicita mejorar las condiciones de trabajo y el abaratamiento de las subsistencias.

En Lorca estalló un incendio en las cocheras de una casa propiedad del presidente de la Comisión provincial. Quedaron destruidos los coches, enseres y abundante cantidad de paja.

El fuego pudo ser extinguido, después de una hora de grandes trabajos.

LOS OBREROS DE CALATORAO

POR TELEGRAMA

ZARAGOZA 20 (2 m.)

La Sociedad Cooperativa Obrera de Calatorao presentó un escrito en la Alcaldía solicitando de los patronos el aumento de sueldo.

El alcalde llamó a los patronos, los que no se mostraron de acuerdo.

¿PROXIMA HUELGA?

POR TELEGRAMA

VALENCIA 20 (3 m.)

Convocadas por el gobernador se reunieron las Comisiones de la Unión patronal de transportistas y similares y otra de obreros carreteros y trajineros.

Para mañana se anuncia la huelga.

LA LEY DE BASES NAVALES

POR TELEGRAMA

CADIZ 19 (11 n.)

En una reunión extraordinaria celebrada en la Sociedad Económica de Amigos del País, y a la que concurrieron las fuerzas vivas de Cadiz, se acordó dirigirse a los diputados de la provincia de Cadiz, recabando éstos de los Sres. Ayuso, Barber, Santa Cruz, Colombl y otros que les ayuden en sus gestiones para conseguir que el Gobierno cumpla la ley de bases navales en cuanto se refiere a Cadiz, por ser indispensable completar el plan de obras de construcción del gran dique para acorazados y buques de gran tonelaje, y todas las construcciones que se previenen en dicha ley respecto de la bahía gaditana.

Para conseguir todo esto se propone marchar a Madrid una Comisión

LOS SECRETOS DE CATALINA BARCENA

La ternura, la risa y el llanto

El pequeño. — Lo que opina del teatro, y de su madre. — El misterio de la vida. — La campanilla de oro. — Los patulones de Mario. — De la comedia a la tragedia. — Sin gritos de sereno. — El paraíso de Lebeña. — La afección a la tragedia. — De la obscuridad a la luz. — Los primeros triunfos y los primeros aplausos. — Primavera en otoño. — Lara. — La excursión con Borrás. — ¡Si todos fuesen geniales! — El llanto: la emoción y las cosas nasales. — La risa: la de la loca, la de la boba, la de la mala, la del conde. — Cosas difíciles. — La novia de «Madrigal». — La nariz y los labios de la Madre de Dios.

—¿Doña Catalina? —Está haciendo la función. —La esperaremos.

Entramos en el cuartito, que parece una capilla, y nos sentamos sobre unos suaves cojines en un fraileño sillón. Los muros, vestidos de damasco rojo, fortalecen la luz. Hay una hornacina donde unos quimericos pajarillos de plata vuelan en el cielo intensamente azul de la tapicería, de damasco también.

—¿Tardará doña Catalina? —Esta vez nos contesta un caballero de un lustro, al que un ojo valientemente amoratado le da un bético aspecto:

—Poco.

Y añade, sin duda para ilustrarnos y distraernos, con gentil amabilidad:

—¿Verdad que esos pájaros parecen cotorras?... Pues no son cotorras. Ni loros. Son pájaros de fábrica, no de Historia natural.

—¡Hola!

—Y mi mamá —agrega— no es doña. No es tan mayor para que le digan doña. Doña se le dice a las que son ya muy mayores.

—Es cierto.

—¿No ve usted la función?... A mi no me dejan hoy.

—¿Y le gusta el teatro?

—Horrorosamente. Eso de «Don Juan de mi corazón» es muy precioso. Y cuando roban a mamá y cuando se pelean con las espadas, chis, chis, aplaudo. Pero me enfado si sale a hacer chistes ordinarios.

—Esas chicas que dicen: «¡O, coci, no me da la gana, no quiero...!» Eso está mal.

—Pero si lo escriben los autores.

—Que no lo escriban. ¡Es bonito contestar: «No me da la gana»? A mi, cuando lo contesto, me refián. Y si un día el público le riñe a mi mamá...

—¿Tú, ¿la quieres mucho?

—¡Claro! Como que me ha tenido dentro.

—¿Qué dices?

—¡Ah! ¡No lo sabía usted? Pues sí; me ha tenido dentro días y días. A todos los chicos los tienen dentro sus madres y sufren mucho, mucho... Más que si les dolieran las muelas. Por eso las debemos querer. Y lo peor es cuando vamos a salir. Pero soy muy pequeñito todavía para que pueda comprender esa parte. Es un misterio.

Aun celebrábamos la graciosa gravedad con que dió el chiquitín su explicación cuando oímos algo así como el repique de una campanilla de oro.

—Es mamá. Viene riéndose.

Y entró Catalina Barcena.

Despidió al niño con una lluvia de besos, acomodóse entre los cojines de la hornacina, que con tan simple acto quedó convertida en un altar, y nos interpeló alegremente:

—Bueno. Pregunte, señor sacerdote. Confesión general. ¿Por dónde empezamos? ¡Ah! Empezaremos por mis pantalones, por mis «breeches»... ¿No sabe usted que voy a lucir unos pantalones de montar, de esos que parecen jamones, en «Mario y María»?... ¡Horrible, ¿eh? Pantalones, botas hasta la rodilla... ¡Espantoso! Pero me gusta el tipo. Es una mujer que aparenta ser muy masculina y que no puede ser más femenina. Se diría que en algunas cosas ha querido retratarme el autor.

—¿A usted?

—¡A mí, a mí! Yo desearía que me trataran los hombres como a un hombre. Vamos, que al tratarme suprimieran esas galanterías que muchas veces, más que por la falta de respeto, molestan por el desdén que encubren. ¿No? Pero dejemos esto. Me encanta la obra.

—¿Es dramática? Dicen que ahora prefiere usted lo dramático.

—¡Ahora? Siempre. Pero esto no significa que no me guste lo cómico, si es artístico. Mi ideal sería representar comedias y tragedias. Tragedias de nuestro tiempo; tragedias en las que el grito, cuando haya que gritar, sea de persona... y hasta de persona débil de pulmones.

¿Es que una mujer incapaz de competir con Estentor no puede transmitir una sensación trágica? Yo no conseguiría imitar a una diosa ni a una heroína clásica; pero lo que es a una mujer... No es indispensable que las mujeres griten como los serenos.

—Y siempre ha pensado usted así?

—Siempre. Es decir; desde que me diqué vi teatro... empujando, más que por la afección, por la necesidad. Para mí el teatro, mientras fui una chiquilla, fué al-

go tan imposible de alcanzar como un la-cero. Y ni en sueños se me ocurrió aspirar a un puestecito en una compañía. Entonces estaba yo en Lebeña, un pueblo montañés, pequeñín, pequeñín... Un paraíso. Yo saltaba como una cotorra, y me subía a los árboles, y hablaba con los pájaros, con las nubes, con los arroyos... Y me asustaba de los truenos, y de la lluvia fuerte, y del vendaval. Y veía a las hadas y a las brujas... Y un día vi al lobo de Capercueta Roja, con la cofia de la abuela puesta, mirándose en un espejo...

—Lo mejor de la vida.

—Sí. No volveré a Lebeña. No quiero que destruyan los ojos de la mujer del mundo creado por los ojos de la niña. Sálvese si quiera esta ilusión.

—Y a Madrid, ¿vino usted muy joven?

—Muy joven, y resuelta ya a dedicarme al teatro. Empecé gracias a una hermana mía, que era actriz. La señora Guerrero, a quien le hice una visita para suplicarle que me aconsejara, me recomendó que estudiase un monólogo; lo estudié, fui a verla una tarde al Español... y todavía cuando recuerdo la aventura me echo a temblar. Se habían concluido uno de los últimos ensayos de una obra importante y estaba la sala casi llena. Y con la sala casi llena, delante de autores, literatos, críticos y periodistas, me rogó la señora Guerrero que recitara el monólogo. ¡Lo que yo sentí, Madre Santísima de Dios! La muchachita de Lebeña recitando en el primer es-

cenario de España y ante el público más inteligente de Madrid... La pobre muchachita exponiéndose a morir de vergüenza, si fracasaba... Pero como era preciso tener valor, porque hacía falta trabajar, la muchachita tuvo valor.

—¿Y triunfó?

—No sé cómo. El monólogo era de tipos, y recuerdo que empecé a hablar muy bajo y temblando como una azogada. También recuerdo que no conocía mi voz. Los dos primeros tipos los hice con una precipitación tremenda. En el tercero, animada porque no se metían conmigo, quise matizar y todo algunas cosas; pero entonces me fijé en la atención con que me observaban los actores y los literatos y me entró de nuevo el miedo con tal fuerza que terminé el monólogo encarándome con una de las paredes laterales. Y, sin embargo, pasó. Me felicitaron todos... Yo sólo decía: «Gracias, gracias... Es bondad de ustedes. Son ustedes muy amables... Y tenía una ganas de quedarme allí y de irme».

—¿Y por el monólogo ingresó usted en la compañía?

—Por el monólogo. ¡Y con una suerte!... No hice más que un papelecito: una señorita que casi no habla, en «Daniel». Y en seguida, al despedirse la Suárez y la Asquerino, me dieron todos los papeles de dama joven, y, a juzgar por las opiniones de las compañeras, no los estropecé.

—¿Qué opinaban?

—Que era una pava, una sosaina, una simple... Que parecía que estaba riéndose cuando lloraba... Que el público acabaría por reírseme con un pateo... ¡La mar!

—¿Si eso indica que triunfó usted. Y la gente, ¿sempre pronto a aplaudirla?

—Sí. En «El preferido y los cenicientos», aquel drama que D. José Echegaray no quiso firmar, y en «Las hijas del Cid», me aplaudieron. Pero donde me premiaron con más generosidad fué en «Primavera en otoño». Esa comedia me llevó a Lara, haciéndome primera actriz, y me permitió compartir con Borrás el trabajo durante algunos meses. He representado «Otel» y «Tierra baja» con el admirable actor. Consiguió, porque eso me enorgullece.

—Entonces, ¿le gustaría seguir laborando junto a Borrás?

—No me gustaría; me entusiasmaría. Con Borrás, y con grandes actrices, y con grandes actores. Es mi sueño. ¡Si yo estuviese en una compañía de eminencias!... Quizás acabara yo por ser también una eminencia. Pero no, no. ¡No diga usted esa tontería!

—Pues revéleme usted algunos de sus secretos. ¿Cómo consigue usted llorar con tanto arte, reír con tanta gracia y llorar y reír al mismo tiempo con tanta ternura?

—Me adula usted. ¡Pobre ternura y pobre gracia y pobre arte los míos!... He se-

